

Precio de suscripción

En Lorca, mes . . . 0,40 pesetas.  
Fuera » . . . 0,50 »

# EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

No se devuelven los originales

## ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

### LOS CONSERVADORES

La más pulcra y tolerante cortesía tiene de sobra con una espera de dos semanas á la contestación de una carta pública.

Ni el Sr. D. José Parra Fernández-Ossorio, ni el Sr. D. Manuel Martínez, ni el Sr. D. José Manuel Terrer, ni el Sr. D. Antonio Piniella, ni el Sr. D. José Mouliáá, ni el Sr. D. Vicente Ayala, ni el señor D. Diego Chacón se han dignado contestar á lo que con respecto á su especial actitud y á la del partido conservador le preguntábamos, ni se han servido darnos sus juicios sobre la conducta administrativa de los liberales, ni siquiera han tenido á bien excusarse de hacerlo enviándonos dos líneas firmadas.

Dejemos á un lado lo que como correspondiente á la urbanidad han descuidado aquéllos señores; no examinemos su conducta á través de las reglas de la etiqueta ó del deber social corriente y ordinario. El fondo del asunto es harto importante para que nos entretengamos en el análisis de una simple cuestión de forma.

Los señores antes mencionados no tienen nada que decir á nuestras indicaciones, nada que contestar á nuestras preguntas, ni nada que oponer á nuestros argumentos.

De ningún modo justifican su conducta reprochable, bajo ningún pretexto cohonestan su punible pasividad. Tienen conocimiento exacto de la realidad de cuanto venimos denunciando, saben que se está haciendo una administración repugnante, indigna de un pueblo semicivilizado siquiera; no ignoran que el uso de la mayoría pondría término á este impudor sangriento de que alardean desde el Jefe liberal hasta su último pedáneo. Son cómplices conscientes, son coautores de todo cuanto ha sucedido, sucede y sucederá en el Ayuntamiento.

Pero nosotros tenemos que decirles con la mayor energía que no

tienen derecho á obrar así; que están burlándose del país inicualemente; que quien no es capaz de cumplir deberes públicos debe apartarse de contraerlos; que es mil veces más vituperable y más merecedor de eterno oprobio ayudar á la inmoralidad desenfrenada que se ceba en un pueblo, que ayudar al ladrón que desvalija á un prójimo; que no tienen ellos como hombres políticos, derecho á la consideración de nadie; que es falso el oropel de flamantes regeneradores con que han tratado de encubrir sus desnudeces, y que es, en suma, poco varonil la murmuración privada que no se convierte, llegado el caso, en categóricas acusaciones públicas.

¡El partido conservador! Cuerpo inerte, bloque duro é inmovible que estorba todo propósito sano, todo avance hacia lo mejor; masa sin pensamiento, montón pesado que no se mueve, ni anda como no le impulsen ciertos motores personales, ausentes ahora...

¡Es irritante! Hombres independientes, cerebros jóvenes, prestigios antiguos, todos, todos cercados por una convencional disciplina, como por una recia jaula intentando rugir sin fuerzas, cual fieras amansadas, cuando el domador les restalla el látigo sobre el lomo, ó tendiéndose en amodorrado sopor cuando el domador les acaricia y halaga suavemente...

¡A tan bajo desciende el hombre!!

Nada más, ni una palabra más queremos decir. Allá ellos ahora con su conciencia; allá la opinión pública al juzgarles. Nos basta hoy con arrancar máscaras y desgarrar disfraces.

Después continuaremos, pero no con declamaciones que se desoigan; con actos. Estamos dispuestos á no consentir vilipendios tan deshonorosos como el que sufrimos. Buscaremos concursos que no nos faltarán, llamaremos á todas las puertas, excitaremos todas las voluntades, y con solo una docena de personas decentes que nos acompañen po-

dremos realizar una protesta ruidosa, que deje memoria para mucho tiempo.

Antes, nos interesa definir claramente las responsabilidades y las responsabilidades ya se van definiendo.

### LA VERDAD

Quien se tome la molestia de repasar la colección de EL OBRERO, desde que la Junta general de este Centro autorizó á su órgano en la prensa para que pudiera ocuparse de la gestión administrativa que realizaba el Ayuntamiento, á buen seguro que el asombro dejará atónito al curioso lector, el pasmo y la admiración retrataránse en su semblante.

Y el caso no es para menos; ante el cúmulo de denuncias, de presentación ante el país de hechos pecaminosos y merecedores de implacable castigo, con la franqueza, la claridad, la valentía y hasta el descaro con que venimos censurando y juzgando el corrompido sistema de administrar á un pueblo, los términos, las frases y los conceptos que hemos dirigido y nos merecen los hombres que ejercen hoy la suprema dictadura municipal, ese cacique, ese alcalde, esos concejales no se han conmovido, el decoro político y personal no se cree mancillado, y así tiene por fuerza que ser, desde el momento que el pueblo se muestra impávido y concede á esos hombres las mismas prerrogativas que á los exentos de mancha y cuya reputación es incóme.

¿A qué obedece esta pasividad, esta desatención, este olvido del ciudadano de obrar de por sí cuando las circunstancias lo reclaman?

Es muy severo el juicio que hemos formulado respecto á nuestro pueblo, y más condenatorio el que nos vemos impelidos á acoger acerca de las clases que se ha convenido en llamar elevadas ó ilustradas, tal vez por lo repletas que estén sus cajas y por la vistosidad y pluleritud de su ropaje.

¡El pueblo soberano! Así podrá llamarsele en una ciudad libre, en un país donde el obrero, el artista, gocen de la libre posesión de los derechos del hombre, donde no sean esclavizados ni amordazados por la tiranía de muchos que considéranles en inferior categoría social y hasta intelectual, en esta célebre Lorca donde tantos y tantos

privilegiados cerebros podrían ser dignos sucesores de Aristóteles, de Newton, de Voltaire, de Cervantes!...

¡El pueblo soberano! ¿Quiere ejercer su soberanía? Ahoga epasmos de odios, de venganza, de destrucción, pero... es lo único que hace. Bien desea conquistar sus derechos políticos y sociales; á veces, leve sacudimiento parece presagiar una mentida exhuberancia de vitalidad y de fuerza, más decae en su habitual modorra y se convence de su pequeñez y de su abatimiento, de su indolencia y de su digregación, motivos de culpabilidad originados y mantenidos por él mismo.

En todos los actos que se relacionan con la vida política del país, el trabajador está en general cohibido de tal manera que no es más que un autómatas que obedece ciegamente las órdenes de su director, un maniquí que baila al son que le tocan; en una población donde apenas si existen la industria, el comercio, la fabricación y las artes, el obrero no ha procurado amortiguar un tanto los funestos resultados de tal pobreza y de tal carencia de progreso, uniéndose en apretado haz para imponer condiciones y para resucitar á una vida nueva y para él redentora. Hoy día parece ser que despierta de su letargo, pero el sueño aún vence su esfuerzo.

Pues bien; si el obrero en Lorca es un elemento incapaz, en la presente época, de constituir su personalidad, de significar poderío, de inspirar respeto, ¿puede extrañar á nadie que el caciquismo se mofe de todo un pueblo, absorva su riqueza y le trate con igual despotismo y desprecio que el que emplean los conquistadores de un país no civilizado?

Y no hay que olvidar, y por eso lo repetimos, que los trabajadores de Lorca, están imbuidos tan erróneamente de una inferioridad con relación á las clases ricas, que ellos mismos conceptúan imposible su rehabilitación; el *Don Fulano* y el *mi amo* no se apartan de su imaginación, considerándolos titanes á quienes es necesario oponer resistencia sobrehumana para contrarrestar su soberbia y sus hábitos explotadores.

Esto, en lo que se refiere á los obreros; respecto á los hombres de posición desahogada, al elemento que no trabaja, que únicamente consume su fortuna ó la guarda para que otros la disfruten, en una palabra, los elegidos de